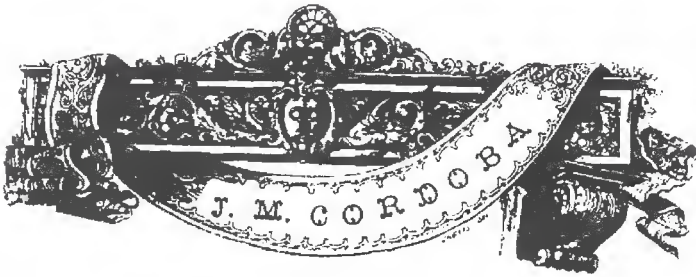


GENERAL JOSÉ MARIA CORDOBA



El General José María Córdoba





La gloriosa Epopeya de la guerra de la Independencia, estudiada en su grandioso conjunto, desde los albores de 1810 hasta la creación definitiva de las naciones en que se dividió la parte de la América conquistada y poblada por los españoles, presenta caracteres completamente distintos el uno del otro. Casi podríamos decir que aquella gloriosa época de nuestra historia se divide en dos partes diametralmente opuestas, aunque ambas se encadenan en el desenvolvimiento histórico de los sucesos y de las ideas que les dieron nacimiento, de tal modo que la una es el resultado lógico y natural de la otra.

Esas dos partes en que se divide la historia de la América indolatina, desde principios del presente siglo hasta nuestros días, están resumidas en las inmortales jornadas guerreras y en los heroicos sacrificios de todo género que nos llevaron a la vida libre e independiente, y en las cruentas luchas que, una vez realizada aquélla, hemos tenido que sostener para hallar de nuevo el equilibrio político y moral, violentamente roto por el grito de independencia.

La primera es el glorioso período de nuestra gestación histórica. Mezcla de glorias inmarcesibles e infortunios legendarios, dominada por una sola idea, la más grande que puede agitar el cerebro del hombre como el de las naciones —la idea de la libertad— en esa época todo aparece a nuestros ojos grande y puro: el principio que levanta todo un mundo en nombre de la independencia, los hombres que dirigen y organizan el movimiento revolucionario, las hazañas con que esos hombres se ilustran en el campo de batalla. Sólo una noble y generosa pasión remueve en estos hermosos momentos el corazón de todos los

patriotas, y por el carácter que esa pasión le imprime, la primera época de la revolución americana debe figurar entre las páginas más puras y elevadas de la historia del sentimiento humano.

La segunda es la época de nuestra gestación política, la cual se mezcla en ocasiones con aquélla, sin llegar jamás a confundirse. Creada la Patria a costa de los más nobles y heroicos sacrificios, forzoso era entrar a organizarla sobre bases sólidas y duraderas que hiciesen fecundos y provechosos para el porvenir los generosos arranques de la primera hora. Forzoso era también encadenar y dirigir el torrente revolucionario por el camino del orden y la conservación social, cumplida la obra en nombre de la cual estallara. Nacida la Patria era preciso formarla, educarla, darle personería propia, social y política.

Esta laboriosa tarea de la educación de la Patria, absolutamente necesaria si no queríamos marchar a la disolución y al caos, obra de análisis, de estudio, de discusión y de cálculo, más serena que la primera pero también más humana, tenía forzosamente que poner en movimiento las pasiones, los instintos, los egoísmos, cuya voz había acallado momentáneamente la aspiración a la independencia. Por eso este segundo período de nuestra gran revolución, si no es ni menos grande ni menos fecundo que el primero, presenta ante la historia una faz menos gloriosa y seductora.

Puede decirse que en el primero el corazón de los revolucionarios es agitado sólo por una pasión que tiene poco de terrestre. En las peripecias del segundo se mezclan, por desgracia con demasiada frecuencia, las pasiones humanas. El primero de aquellos períodos no ofrece a nuestra admiración sino héroes o mártires. En el segundo figuran luchadores y víctimas.

La gloriosa figura del general CORDOBA, cuya biografía vamos a bosquejar someramente en estas páginas, pertenece a aquellas dos partes de la historia de la revolución de la América indo-latina. El inmortal Soldado de Ayacucho fue a la vez un héroe de la primera y víctima de la segunda. Como héroe, su fisonomía se destaca entre las más brillantes de la historia Colombiana. Como víctima, es una de las más

deplorables que hayan legado a nuestras lágrimas de patriotas nuestras numerosas y prolongadas contiendas civiles.

I

El general D. JOSE MARIA CORDOBA, nació en la aldea de Concepción, de la antigua Provincia, hoy Estado soberano de Antioquia el 8 de septiembre de 1799(*). Fueron sus padres D. Miguel de Córdoba, acomodado comerciante de la localidad, y Doña Pascuala Muñoz, de distinguida familia del mismo pueblo.

En 1809 se trasladaron éstos a la ciudad de Río-Negro en busca de una escuela en que el futuro héroe pudiera adquirir los primeros rudimentos de la instrucción, y parece que fijaron allí definitivamente su residencia, lo que ha hecho creer a algunos de sus biógrafos que el general CORDOBA había nacido en esta última ciudad. Colocado en la escuela de D. Manuel Bravo, aprendió en ella lo que podría aprenderse en un establecimiento de instrucción primaria de aquella época en tres años de estudio, bajo la inmediata inspección de sus padres. Fue también, en 1814, durante poco tiempo, alumno de la Escuela de Ingeniería que había fundado por aquella época en Medellín el ilustre Caldas.

Arrebatado en edad temprana a las tareas escolares por las de la guerra, perfeccionó más tarde en el campamento su instrucción con el aprendizaje de la Geografía y el Francés, y su educación en los viajes y en su contacto con los hombres más eminentes de la época. A pesar

(*) La fe de bautismo de CORDOBA, tomada de los libros parroquiales de la Concepción dice textualmente como sigue: "En la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, en 13 de septiembre de 1799, yo, D. Francisco Jph. González, Cura Parrocho de este sitio bapticé solemnemente, según dispone nuestra Santa Madre la Iglesia, a un niño que nació el 8 de setiembre, hijo lexmo. Y de lexmo. Matrimonio, de D. Chrisanto Miguel de Córdoba y Doña Pascuala Muñoz, vecinos de esta parroquia; y a dicho niño le fue puesto el nombre de Jph. María, siendo padrino el presbítero D. Jph. Cosme Echeverri; y para que conste lo firmo. —Francisco Jph. González."

de los pocos años que consagró a las aulas, CORDOBA estaba muy distante de ser un soldado ignorante e inculto. Sus cartas, escritas con soltura, con vivo colorido, muchas veces con brillantez de estilo, y algunas de sus proclamas, tan bien pensadas como redactadas, dan testimonio de su talento y de su cultura.

Desde niño reveló CORDOBA la que fue cualidad dominante de su temperamento—un valor impertérrito—mostrándose imperturbablemente sereno en circunstancias difíciles y peligrosas. Recibía las primeras lecciones de Matemáticas al lado de Caldas, cuando llegó a Medellín en 1815 el coronel Serviez, uno de esos nobles y generosos aventureros que la revolución europea envió en auxilio de nuestra causa, con el objeto de organizar allí el batallón que llevó más tarde el nombre de “Antioquia,” para ir en ayuda de los patriotas del Cauca. A pesar de las lágrimas de sus padres, CORDOBA se dejó seducir por la palabra entusiasta del patriota francés; se alistó en su batallón en clase de cadete, y fue a hacerse traspasar el sombrero por un balazo en la afortunada batalla del Palo. Tal fue el bautismo guerrero de este ilustre paladín, cuyo nombre debía quedar más tarde grabado en inmortales caracteres en la historia de cinco naciones.

II

Desde el 5 de Julio de 1815, día en que se libró la acción del Palo, hasta mediados de 1818, año en que tuvo lugar el asesinato de Serviez en los llanos de Casanare, CORDOBA militó constantemente al lado de aquel malogrado Jefe en calidad de Ayudante de Campo.

En 1816, libertado ya el Cauca, lo acompañó a Bogotá, a donde Serviez debía recibir el mando en Jefe del Ejército colombiano de manos del Presidente Fernández Madrid, en uno de los momentos más angustiosos que atravesara la historia de este país; y, después de haber servido bajo sus órdenes y las de Santander en el ejército de Tunja, cuando las tropas de Morillo empezaban a cubrir con sus batallones todo el territorio de Colombia, y se creía inútil oponer ninguna resistencia a las que por aquel lado mandaban Calzada y Latorre, salvó con sus ilustres Jefes las fronteras de la Patria, para incorporarse con ellos y

los restos de la pequeña división que estaba bajo sus órdenes en el ejército del general Páez, quien llenaba a la sazón de asombro con sus fantásticas hazañas las regiones del Apure. A las órdenes de este Jefe, rivalizando en audacia y valor con aquellos inmortales llaneros, que trazaron con la punta de sus lanzas la página verdaderamente legendaria en la historia de la revolución de Colombia, militó, en el grado de Capitán, desde fines de 1816 hasta terminarse el año de 1817. Por aquella época se trasladó al ejército que Bolívar organizaba en la Guayana, y con el cual debía emprender dos años más tarde la campaña de la reconquista de la Nueva Granada.

III

Allí, en un teatro guerrero más organizado, en inmediato contacto con el más grande de los hombres que ha producido nuestra raza, por quien sentía ya esa admiración que debía convertirse más tarde en un respeto y una veneración verdaderamente filiales, CORDOBA completó su educación militar, desplegando en las campañas de 1818 y 1819, como Ayudante del Estado Mayor, su genial valor y la pericia que había adquirido en tres largos años de una vida de guerrero tan dura como gloriosa. Figuró entonces con mucho brillo en las acciones de la “Puerta,” “Cojedes,” “Calabozo,” “Sombrero” y el “Rincón o Corral de los Toros.”

El general Bolívar trazó el plan de la campaña libertadora de la Nueva Granada en Mayo de 1819, y el 4 de Junio del mismo año, a la cabeza de un ejército de poco más de dos mil hombres, pasó el Arauca, decidido a llevar a cabo su generoso cuanto audaz pensamiento. Apenas hubo penetrado en el territorio granadino, encontró a las tropas realistas dispuestas a oponerse tenazmente a su empresa, en Paya, a donde las batió gloriosamente. Siguiéronse a ese primer encuentro las acciones de “Gámeza”, “Pantano de Vargas” y “Corrales de Bonza”, una marcha no interrumpida de triunfos que debía tener su coronación el 7 de Agosto en la decisiva batalla de Boyacá.

Esta corta campaña de poco más de dos meses, una de las más gloriosas que registran los anales de la América del Sur, así por el talento guerrero y la habilidad estratégica desplegados por los Jefes que la mandaban, como por el heroísmo con que todos sufrieron las infinitas penalidades que la acompañaron, selló para siempre la libertad de esta hermosa comarca. D. JOSE MARIA CORDOBA, ascendido previamente por Bolívar al grado de Teniente-coronel, tuvo la honra de figurar en ella, como primer ayudante del Estado Mayor General, es decir, en uno de los puestos de más confianza y responsabilidad.

IV

Los cinco años corridos desde 1815 hasta 1819, durante los cuales hemos visto a CORDOBA tomando parte en las campañas más brillantes del ejército republicano, ganando en cada una de ellas un grado, hasta llegar a los 19 de su edad al de Teniente-coronel, no fueron, sin embargo, en la vida de aquel soldado ilustre sino una época de estudio y de preparación. Hasta el día de la batalla de Boyacá no lo vemos figurar, por decirlo así, sino en segunda fila. Condecorado, desde el comienzo de aquella campaña memorable con las charreteras de Jefe, ganadas a costa de tantas penalidades y después de tantos buenos servicios, vamos a verlo figurar en adelante en otro carácter y en otra esfera.

Muy notable debió ser el comportamiento de CORDOBA en la campaña de 1819, y muy alta la idea que de él hubo de haberse formado Bolívar, cuando, después de la batalla de Boyacá, se decidió a confiarle la misión de ir a libertar a la provincia de Antioquia, su patria natal, en desempeño de cuya tarea, arrastrado por la corriente de los sucesos, debió más tarde pasearse triunfante por casi toda la extensión de los ríos Cauca y Magdalena, escribiendo con su espada en las márgenes de aquellos ríos una de las páginas más deslumbradoras de su vida militar.

Libertar a Antioquia, ocupada entonces por una guarnición realista de 300 veteranos al mando del coronel D. Carlos Tolrá, no era en realidad empresa de todo punto imposible, sobre todo después del terror que

había sembrado en las filas realistas la noticia de la victoria de Boyacá; pero sí era aparentemente temerario emprender semejante tarea con sólo una partida de 100 hombres, como lo verificó CORDOBA. Al acercarse a Medellín el imberbe Comandante de la pequeña división patriota, diezmada en el camino por la desertión y la muerte, el gobernador Tolrá abandonó la plaza sin oponerle ninguna resistencia. CORDOBA penetró victorioso en la capital de Antioquia, y, ayudado del señor D. José Manuel Restrepo, que acababa de ser nombrado Gobernador civil de la provincia, contrajo todos sus esfuerzos a organizarla y ganarla a la causa de la Independencia, por la cual no sentían aún los antioqueños la viva simpatía que había de inmortalizarlos más tarde en las jornadas de la Costa.

V

Pero si la ocupación militar de Antioquia no había exigido de los patriotas ningún sacrificio, no sucedió en cambio lo mismo con la tarea de organizarla y el empeño de convertirla a la causa independiente que habían echado sobre sus espaldas CORDOBA y Restrepo. La realización de ambas cosas fue el resultado de una lucha tenaz, en la cual desplegó el Comandante de la guarnición, a pesar de sus cortos años, grandes cualidades de energía y de mando.

En todo el ámbito de la América española, hacer cambiar sus hábitos, sus ideas, sus costumbres, sancionadas por una dominación recelosa de tres largas centurias, a las poblaciones, e infundirles fe en el triunfo de la revolución, fue una de las más grandes obras, o si se quiere milagros, realizados por el entusiasmo de los próceres de la Independencia; y en esa difícilísima empresa de transformación social, CORDOBA, cuyo temperamento ardiente e impetuoso se prestaba admirablemente para la propaganda revolucionaria, tuvo una parte por lo menos tan honrosa como la que le cupo realizar en los campos de batalla.

Otro de los grandes esfuerzos de CORDOBA en aquellos venturosos días de la historia de Colombia, en que la solidaridad de la gloria y de los triunfos exigía también la solidaridad de los sacrificios a todas las

provincias que componían el *Nuevo Reino*, fue el de allegar fondos para el sostenimiento del ejército que acababa de libertar a la Patria y entrar triunfante en la capital de la *República*. Antioquia era entonces, como lo es hoy todavía, una de las provincias más ricas e industriosas del territorio colombiano. Justo era, pues, que contribuyese en la medida de sus intereses a sostener la causa nacional. En unos pocos días, imponiendo justas contribuciones, que eran exigidas primeramente a los miembros de su propia familia, el Jefe militar de la provincia consiguió enviar a Bogotá la para aquella época valiosa suma de \$ 250,000.

VI

Como acabamos de decirlo, los primeros meses de la ocupación de Antioquia por los patriotas fueron dedicados a las pacíficas, pero penosas labores de la formación y organización de la provincia; mas luego se presentó a CORDOBA ocasión de desplegar nuevamente en su defensa sus brillantes cualidades guerreras.

A principios de 1820, el coronel español Warleta penetró por el Cauca en el territorio antioqueño, y al mando de una fuerza veterana compuesta de 400 hombres vino a situarse en "Yarumal." El activo e infatigable jefe a quien Bolívar había confiado el honor de libertar a su patria nativa, apenas tuvo conocimiento de aquella invasión, organizó rápidamente un pequeño ejército de 500 reclutas, y con ellos fue a presentar combate al enemigo en "Chorros Blancos", logrando batirlo, después de un ataque que duró sólo una hora, el 12 de Febrero de aquel mismo año, glorioso aniversario de una de las grandes batallas que sellaron la independencia de América. (*)

VII

Libertada y organizada Antioquia, merced a los esfuerzos y paciente labor de dos de sus más ilustres hijos, CORDOBA y Restrepo, el

(*) El 12 de Febrero de 1817 el Ejército chileno-argentino que acababa de atravesar los Andes, derrotó completamente en la cuesta de Chacabuco, cerca de Santiago, al Ejército del general Maroto, compuesto de 5,000 veteranos, y como consecuencia de aquella victoria quedó libre del yugo realista la Capitanía general de Chile.

gobierno de Cundinamarca, por el mes de Marzo del mismo año de 1820, dio al primero de ellos la orden de abandonar el mando militar de la provincia y abrir campaña en las costas del Bajo Magdalena para libertar esa parte del territorio y las costas del Atlántico que estaban aún en poder de los españoles.

Cerca de cuatro meses, desde principios de Marzo hasta fines de Junio, duró aquella expedición, que debía ser coronada por la decisiva acción de Tenerife y que fue ciertamente una de las más rudas que emprendieron los partidarios de la Independencia en el territorio de la Nueva Granada. CORDOBA salió de Antioquia con sólo 100 hombres, resuelto a conquistar centenares de leguas de un territorio cuajado de enemigos, para él desconocido y sembrado de inconvenientes de todo género, entre los cuales no era el menor lo inclemente y temible del clima.

Aquella inmortal jornada de la Epopeya granadina empezó por un golpe de astucia digno de Aníbal. Habiendo sabido CORDOBA que los restos de las fuerzas de Warleta se habían acantonado en la embocadura del río Nechí, en la oscuridad de la noche hizo arrojar al río una gran cantidad de balsas iluminadas, que los españoles tomaron por buques que iban a atacarlos, y huyeron precipitadamente hacia "Majagual", de donde fueron nuevamente desalojados por la intrepidez de una pequeña partida enviada en exploración del campo, pero sin orden de atacar, al mando de los subtenientes M. del Corral y Salvador Córdoba, este último hermano del héroe.

Alentado por estos primeros triunfos, CORDOBA resolvió seguir hacia la costa del Atlántico a donde se hallaban el almirante Bríon y el general Montilla; pero, dispuesto a no dejar enemigos a su espalda, resolvió apoderarse antes de la ciudad de Mompox, guarnecida por el batallón "Valencia", fuerte de 400 plazas, a las órdenes del comandante español D. Vicente Villa. Al saber que CORDOBA se aproximaba resuelto a atacarlo Villa abandonó la plaza, y el ejército patriota la ocupó inmediatamente sin disparar un solo tiro.

VIII

Al día siguiente de la ocupación de Mompox llegó a esta ciudad el teniente coronel Hermógenes Maza, un héroe del temple de CORDOBA, el cual mandaba a la sazón una escuadrilla compuesta de nueve pequeñas embarcaciones. Si es cierto, como lo afirma el proverbio francés, que los “bellos espíritus se buscan y se encuentran,” es mucho más cierto aún que los héroes se confunden rápidamente en una fraternidad irresistible, una vez que se han encontrado. CORDOBA y Maza no fueron sino un solo hombre -un solo héroe- desde su encuentro en Mompox. Ambos sedientos de gloria, ávidos de ilustrar con sus hechos las páginas de la historia patria que empezaba con tanto brillo, apenas hubieron sentido la comunicación de sus almas, resolvieron acometer una empresa verdaderamente temeraria.

El puerto de Tenerife estaba entonces ocupado por una fuerza marítima incomparablemente superior a la que mandaba Maza y por una fuerte guarnición. CORDOBA y Maza, electrizados mutuamente el uno por el otro, y no escuchando sino la voz del entusiasmo que enardecía sus almas, resolvieron atacarla sin dilación por medio de un movimiento combinado de mar y tierra; y como en todas las grandes ocasiones en que la fuerza es reemplazada por la fe, a pesar de la superioridad numérica del enemigo, de la ventajosa posición que ocupaba, de sus recursos que podían llamarse inmensos en presencia de aquellos con que contaban las débiles fuerzas patriotas, en aquella acción memorable, los heroicos jóvenes coronaron su temerario arrojo con el éxito más completo el 25 de Junio de 1820.

Casi en el mismo momento de obtenida esta victoria para asegurar los resultados de ella, CORDOBA se dejó caer sobre la pequeña población de Barrancas, donde descansaba una fuerza realista que marchaba en auxilio de la guarnición de Mompox. La batió al primer ataque, se apoderó de un considerable parque que conducía para el servicio del ejército español, y penetró con su división victoriosa en las inmensas llanuras del Oeste en dirección hacia Cartagena, a donde llegó, después de una larga marcha triunfal, durante la cual destruyó en el camino un sinnúmero de patrullas realistas que lo desolaban,

logrando además reunir durante el trayecto una hermosa falanje de abnegados patriotas con la cual se presentó ante los muros de la heroica ciudad.

IX

Al mando de su brillante batallón Antioquia, organizado mientras sostenía la ruda cuanto gloriosa campaña del Magdalena, CORDOBA asistió a todas las peripecias del sitio de Cartagena, que duró más de un año, hasta el 1° de Octubre de 1821, en que la plaza fue tomada por las tropas del bizarro Montilla. En premio de sus servicios, después de aquel glorioso hecho de armas, fue ascendido a coronel efectivo.

Aquí termina la segunda parte de la vida de CORDOBA. En el trascurso de los tres años que ella comprende, la fisonomía de este soldado impertérrito se acentúa más y más. El valor, la audacia, la actividad, que constituyen el fondo de su temperamento militar, pasan a ser en adelante los rasgos característicos de su personalidad histórica.

Los resultados obtenidos por las prodigiosas victorias de CORDOBA y de Maza a lo largo del Cauca y del Magdalena son inmensos. Ambas riberas de los mencionados ríos y las pampas de la provincias de Cartagena quedan libres de realistas, los cuales estrechados en todas partes por las tropas del brioso antioqueño y el bizarro cundinamarqués (*) se refugian por fin bajo los muros de Santa Marta y Cartagena, a donde va a perseguirlos todavía la infatigable intrepidez de ambos caudillos.

X

A mediados de Abril de 1821, conformándose a las instrucciones que había recibido de Bolívar, el general Sucre abrió la campaña del Ecuador, y en poco tiempo se apoderó de una parte considerable de la provincia de Guayaquil. Por esa época, los españoles dominaban de un modo absoluto en aquella comarca, a pesar de haber sido el

(*) Maza nació en Bogotá en 1796.

Ecuador el primer pueblo de la América Meridional que lanzara en 1809 el grito de independencia; y sin el auxilio de los patriotas que con tan feliz éxito militaban en el Norte, su independencia no habría sido cosa fácil, si los partidarios de ella se hubieran atendido a los escasos recursos con que contaban en el interior del país.

Comprendiéndolo así Bolívar, cuyo genio y cuyas miras se ensanchaban de día en día, terminado el sitio de Cartagena, dio orden a CORDOBA de marchar con un batallón a reforzar las tropas del general Sucre, revistiéndolo con el elevado título de segundo jefe de la expedición libertadora del Ecuador. CORDOBA salió de Panamá en los primeros días de 1822 y llegó a Guayaquil en Abril del mismo año. Iba a empezar para el denodado vencedor de Tenerife, que militaba sin reposo desde 1815, una nueva campaña, cuyos gloriosos detalles nos es forzoso abreviar por la naturaleza de la publicación a que están destinadas estas páginas.

Reforzado su ejército con el contingente traído de las costas del Pacífico por el coronel CORDOBA, y los pocos soldados que su prudente habilidad había logrado reunir entre los habitantes del Ecuador adictos a la independencia, el general Sucre resolvió dar una batalla decisiva, y encaminó sus esfuerzos a que ella tuviese lugar en las inmediaciones de Quito.

El 23 de Mayo de 1822, después de una marcha larga y penosa, pero ejecutada con toda aquella habilidad estratégica que señaló el genio de Sucre, el General en Jefe del ejército patriota ocupaba las alturas del Pichincha. El orgullo herido del capitán general Aimerich resolvió desalojarlo violentamente de aquella brillante posición, conquistada a fuerza de ciencia y audacia, y el 24 al amanecer el ejército español empezó el escalamiento del inmenso volcán. El choque que tuvo lugar en sus faldas entre realistas e independientes fue terrible, y, como era de esperarse, favorable a estos últimos.

En aquel instante único de la vida del Ecuador, en que con su suerte se decidía tal vez la de un continente entero, CORDOBA tuvo un cuarto de hora de gloria, que preludió el inmortal episodio de Ayacucho. Lo

violento del ataque de las tropas españolas obliga a flaquear un momento a los bisoños soldados de Sucre. CORDOBA que observa el natural desaliento de sus compañeros de armas, se lanza, a la cabeza de dos compañías del batallón Magdalena, a una carga a la bayoneta, la cual es ejecutada con tanto brío y empuje, que dos o tres horas después el campo realista y la capital del Ecuador estaban en poder de los patriotas.

XI

Acababan apenas éstos de libertar al Ecuador, y en los mismos momentos en que Bolívar y Sucre se ocupaban en los preparativos de la expedición libertadora del Perú, llegó a Quito la noticia de la sublevación de la provincia de Pasto por el coronel Benito Boves, el cual, al mando de una fuerza de 2.000 hombres, con los cuales se proponía invadir más tarde el Ecuador, acababa de apoderarse de aquella provincia.

A esta primera sublevación de los pastusos, que fue prontamente sofocada por el general Sucre, enviado exprofeso por Bolívar, en los combates de Guáitara, Cuchilla de Taindala, Yaquanquer y Pasto, en los cuales figuró CORDOBA entre los primeros, y cuya heroica conducta en el último le valió, a los 22 años de edad, el grado de General de Brigada, siguióse la prolongada serie de sublevaciones realistas que ha inmortalizado los nombres de Agualongo y Merchancano, dos de esos empecinados partidarios del Rey de España cuyo tipo se encuentra en todos los países de la América del Sur durante la guerra por la independencia. Para contener los primeros impulsos de aquellas sublevaciones, que presentaron al principio un carácter de gravedad alarmante, necesitóse, nada menos, que la presencia del mismo Bolívar en Pasto. Más tarde, cuando, conjurado el peligro, se retiró el Libertador al Sur, quedaron en la provincia, al mando de una división patriota, algunos jefes distinguidos, entre ellos Salom y CORDOBA, este último sin mando efectivo.

En septiembre de 1823 se encontraba CORDOBA en Popayán, cuando llegó a esta ciudad la noticia de que el general Salom estaba

sitiado en Pasto por una fuerza considerable levantada por Agualongo y Merchancano. El coronel Ortega, que mandaba la plaza de Popayán, organizó a toda prisa una pequeña división para auxiliar al Gobernador de Pasto, y suplicó al general CORDOBA, su superior en grado, que se sirviese mandarla, a lo cual accedió gustoso el intrépido Héroe del Pichicha.

La empresa era árdua, difícil y atrevida. Se trataba de llevar al interior de una ciudad sitiada un refuerzo escaso con el cual habría sido temerario iniciar una campaña. CORDOBA no trepidó un momento. Empezó su marcha, dando pruebas de gran prudencia y de mucha sagacidad, por un camino para él desconocido, erizado de dificultades naturales y de implacables enemigos. Su astucia y su indomable valor barrieron luego de realistas el camino, y pudo llegar sin más contratiempos hasta la cumbre del Tacines, donde un movimiento inesperado de retirada de las tropas españolas, superiores en número a las que él mandaba, lo hizo entrar en sospechas de que se trataba de hacerlo víctima de una gran celada. Para conservar a la causa de la Patria unos pocos soldados que habría sido imperdonable sacrificar en aquellos momentos, en vano, a un enemigo aleve, CORDOBA ordenó inmediatamente la retirada, la cual fue larga, penosa y difícil en su ejecución, pero llevada a cabo con toda la prudencia y habilidad de un Jenofonte por el imberbe general de brigada en quien no se reconocían aún las cualidades de consumado estratégico que reveló en la campaña de Pasto, si bien todo el mundo lo consideraba ya como uno de los soldados más valientes y brillantes de Colombia.

XII

Terminada la guerra de Pasto, y después de prestar algunos servicios pasivos en las oficinas militares de Bogotá, conformándose con las órdenes de Bolívar, CORDOBA se dirigió por tierra al Perú a fines de 1823, para tomar parte en aquella gloriosa campaña, que es, hasta este momento, la página de oro de la historia de Colombia, y que debía servir de apoteosis a la vida militar de nuestro héroe.

GENERAL ANTONIO JOSE DE SUCRE



A. J. de Sucre

Llegado a Guayaquil, se embarcó allí en dirección al Callao, a donde arribó a principios de 1824. CORDOBA hizo, en calidad de segundo del general Sucre, la campaña libertadora del Perú con el lucimiento que exigían sus antecedentes y la fama de que gozaba entre sus compañeros de armas; y su participación en la batalla de Ayacucho, el punto culminante de aquella campaña, tal vez la acción de armas de más trascendentales consecuencias que se ha librado en el presente siglo, forma hoy uno de los episodios más ilustres de los fastos militares y es el justo orgullo de nuestra raza.

Es casi innecesario recordar a los lectores de Colombia aquel momento supremo de su historia, el cual está siempre presente en todas las memorias y en todos los corazones; pero, aún con riesgo de repetir lo que ha llegado a ser con tan justos títulos, más que una leyenda popular, un sentimiento encarnado en el espíritu de esta raza generosa, nos vemos en la necesidad de consignarlo en este recuerdo, consagrado a la memoria del soldado, tan infortunado como seductor, que arrancó sinceros aplausos a nuestra admiración de niño, como los arranca hoy a la madurez de nuestro juicio imparcial.

El 9 de diciembre de 1824, 5.000 soldados bisoños, mandados en jefe por el genio más dulce y simpático que ha figurado en la historia de Colombia, se preparaban a disputar la posesión de todo un continente a 10.000 veteranos aguerridos en las lides europeas, dirigidos por hombres dispuestos a todos los sacrificios, pertrechados en una altura al parecer inaccesible y acompañados de cuantos recursos podía ofrecerles la posesión casi completa del país que iba a ser la recompensa de la batalla.

El ejército patriota se componía de tres divisiones: el ala derecha era mandada por el general CORDOBA, el ala izquierda por el general Lamar, el centro por el general Miller. El ataque comenzó con los primeros disparos de las tropas de Sucre, a las diez y media de la mañana. No somos militares, pero suponemos que, cuando se encuentran en un campo de batalla dos ejércitos, de los cuales el uno es doblemente superior al otro, y esa fuerza del número se centuplica por la fuerza estratégica de una posición ventajosa, el primer choque

debe ser generalmente favorable al ejército más numeroso. Fue eso lo que pasó en Ayacucho. Al primer ataque, violentamente dirigido por el general Valdés contra la división patriota mandada por Lamar, se introdujo cierto desaliento en las filas independientes, desaliento que habría podido muy bien, sin la legendaria intervención de CORDOBA, convertir en una derrota la que es hoy la victoria más grande de la América Republicana.

A la primera orden del General en Jefe, CORDOBA vuela en dirección del enemigo, a la cabeza de su división, para auxiliar a Lamar; se desmonta precipitadamente de su caballo que abandona en el campo, y exitado por el valor y la ambición de gloria, tomando la delantera a sus tropas, les dirige esta inmortal orden de ataque; "Soldados, a discreción y paso de vencedores." Las tropas republicanas, electrizadas al ver la intrepidez y el arrojo temerario de su jefe, realizan, en una carga a la bayoneta que ha pasado a la historia, los mayores prodigios; salvan la división Lamar del peligro que corría y fijan de su lado la rueda de la fortuna, próxima momentos antes a enclavarse en el terreno de sus contrarios. La carga mandada por CORDOBA fue el gran episodio de Ayacucho, el momento psicológico que decidió la suerte de la batalla y con ella indudablemente la suerte del Nuevo Mundo.

Cúpole también en aquella jornada memorable al comandante de la primera división del ejército patriótico hacer personalmente prisionero al Virrey Laserna, después de un ataque, dirigido con toda intrepidez, contra el cerro de Condorcanqui, cuya cima ocupaba con una fuerza de 2.000 hombres aquel valiente jefe realista.

Al apagarse los últimos fuegos de aquel combate memorable, el ejército patriota aplaudía en el frenesí de la gloria el ascenso a General de división que acababa de obtener CORDOBA sobre el campo mismo de la acción de la suprema autoridad del general Sucre. Jamás se premió más digna ni merecidamente acción más heroica.

Y no fue este el único testimonio de admiración que el Jefe de los Ejércitos Colombianos tributó a la brillante conducta de CORDOBA en Ayacucho, ni la única recompensa que sus inmensos servicios en

aquella jornada obtuvieron. Refiérese que cuando Bolívar entró triunfante en el Cuzco (algunos biógrafos de CORDOBA afirman que este episodio tuvo lugar en la ciudad de La Paz), la población entusiasmada le obsequió una hermosa corona de laureles de oro, que él presentó a su vez al general CORDOBA dándole el título de *Vencedor de Ayacucho*. Ese símbolo con que la gratitud del Perú quiso honrar los grandes servicios del Ejército Colombiano en la persona de su Jefe, y que éste, lleno de generosidad y nobleza, ofreció a una de sus más brillantes espadas, existe aún en la ciudad de Río-Negro, a cuyo municipio lo obsequió el mismo general.

Incorporado en el Ejército libertador en calidad de tercer Jefe, CORDOBA permaneció sirviendo en el Perú desde 1824 hasta 1826 a fines de cuyo año regresó a Bogotá por llamado de un Consejo de guerra delante del cual se le seguía una causa militar, de que fue completamente absuelto por el mismo Consejo, y más tarde por la Corte Marcial que confirmó plenamente la sentencia absolutoria de aquél.

XIII

CORDOBA no contaba sino 26 años cuando regresó del Perú, adornadas sus espaldas con las charreteras de General de División y envuelta su persona en los resplandores de la gloria; pero escrito estaba en el libro del Destino que aquella gloriosa campaña, en la cual elevó a tan alto grado la fama de su nombre, debía ser el término de su carrera, que pudo y debió ser mucho más larga y mucho más fecunda para la gloria de Colombia. Su regreso a la Patria fue el comienzo de un viacrucis terrible, que iba a terminar en un verdadero calvario, y cuyo recuerdo llena de amargura el corazón.

Admiradores entusiastas del héroe, como lo somos de todas las hermosuras que decoran la historia de América, creemos haberle pagado, en la medida de nuestras fuerzas, en las desaliñadas páginas que preceden, nuestro tributo de simpatía y de aplauso merecido. Relatando sus hazañas, hemos tratado de que el héroe se pinte por sí mismo. Vamos ahora a completar su biografía narrando imparcial y brevemente su martirio, limitándonos para ello a beber los hechos históricos en las fuentes más autorizadas.

CORDOBA permaneció en Bogotá, entregado al estudio y alejado de la milicia activa y de la política, desde 1827 hasta 1829. En esa época, el general Bolívar, que se disponía a marchar al Ecuador para defender esa parte del territorio colombiano que acababa de ser agredida por las fuerzas del Perú, mandadas por su presidente, general Lamar, en persona, confió a CORDOBA el cargo de Jefe de Estado Mayor de su ejército expedicionario, y le dio orden de adelantarse hacia Popayán al mando de una División de 1.500 hombres.

Intrigas de todo género labraban por aquella época en el corazón de Bolívar la pérdida del héroe de Ayacucho, y esas intrigas debieron redoblar la zaña con motivo del honroso nombramiento que éste acababa de obtener del Libertador. Así pareció indicarlo la destitución de CORDOBA de su empleo, el cual fue confiado al coronel D. Tomás C. De Mosquera, cuando aquél se hallaba aún en camino del Ecuador. Se consiguió llevar al corazón de Bolívar la sospecha de que CORDOBA no era un amigo leal, como se consiguió más tarde explotar el justo resentimiento de CORDOBA a favor de una sublevación contra Bolívar. Así el sacrificio de aquél, en último resultado, fue la obra de una intriga combinada sin saberlo entre los enemigos del Libertador y los enemigos del mismo CORDOBA. Pero narremos los hechos.

El desaire, inmotivado a lo que parece, de Bolívar, las sugerencias de los enemigos de éste y los rumores que entonces corrían de una conspiración que se organizaba contra la República, a la cual era decididamente adicto el general CORDOBA, pero contra la cual no pensó tampoco en conspirar Bolívar, lo decidieron por fin a lanzarse a la revolución, en nombre del respeto a la Constitución y a las leyes y de la conservación del régimen republicano.

XIV

La revolución encabezada por CORDOBA fue tal vez un acto imprudente y precipitado; pero los móviles que impulsaron a su jefe y las declaraciones de su parte que precedieron a los hechos son de ella cabal y honroso justificativo. Esta revolución fue hecha en nombre de la Libertad, y no por simples miras de ambición personal, si bien hubo en ella impremeditación y tal vez falta de exacta apreciación de los

hombres y de las cosas, como sucede muy de ordinario en los momentos de crisis en la vida de las naciones.

CORDOBA entró en Río-Negro, de regreso del sur, el 7 de septiembre de 1829, dispuesto a sublevar la ciudad, donde contaba vivas y universales simpatías, contra el gobierno de Bogotá; pero escuchando los consejos de muchos de sus amigos, hubo de desistir por el momento de su propósito. Por desgracia, el 12 de septiembre, a media noche, se esparció en Río-Negro la noticia de que una fuerza, mandada desde Medellín, quería penetrar en la ciudad para apoderarse de su persona. El hecho era efectivo; y aunque la fuerza mencionada se retiró sin tratar de poner por obra su intento, CORDOBA, herido en su natural orgullo de soldado, organizó una débil compañía, con la cual se dirigió a Medellín para vengarse de los que habían pretendido *amarrarlo*, logrando penetrar sin resistencia en aquella capital, testigo, no hacía todavía muchos años, de algunas de sus más hermosas proezas. Desde aquel momento, el vencedor de Pichincha y Ayacucho quedaba lanzado en la revolución de que en breve iba a ser víctima, y empezó a organizarla en debida forma.

XV

Mientras tanto, la noticia de estos sucesos llegaba a Bogotá el 26 de setiembre, y en el mismo instante el Consejo de Ministros, presidido por el general Rafael Urdaneta, que mandaba en nombre del Libertador, dio al general Daniel F. O'Leary la orden de dirigirse a Medellín para sofocar el movimiento revolucionario, al mando de una fuerza de 880 hombres.

CORDOBA, por su parte, informado de esta expedición se preparó con toda actividad para hacerle frente, y el 17 de octubre, después de una marcha fatigosa, llegó al caserío del Santuario, donde resolvió atrincherarse, esperando el ataque de las fuerzas de O'Leary.

Este ilustre general envió al campamento del héroe sublevado al coronel D. José Manuel Montoya con la comisión de hacer a CORDOBA halagadoras promesas si desistía de sus propósitos. Un hombre como CORDOBA, valiente hasta la temeridad y pundonoroso como el más

cumplido caballero, que había comprometido en aquella peligrosa empresa a muchos de sus buenos y leales amigos, no podía desistir ante las ofertas de aquellos a quienes consideraba sus enemigos por grandes y seductoras que fuesen; pero es preciso no olvidar tampoco que en aquellas ofertas, en el interés que O'Leary manifestaba por la salvación de su antiguo compañero de armas, hay un sentimiento simpático que es preciso aplaudir sin reservas.

CORDOBA no dio oídos a las proposiciones de Montoya y le manifestó sin embozo, que, después del paso que acababa de dar, era preciso “vencer o morir”- “Es imposible vencer”, le dijo Montoya- “Pero no es imposible morir” –replicó CORDOBA- Frase digna del temple de su grande alma y que se cumplió al pie de la letra.

El mismo mencionado 17 de octubre de 1829, a las 11 de la mañana, se empeñó el combate. CORDOBA y sus compañeros hicieron, como era de presumirse, prodigios inauditos de valor. Al fin debieron sucumbir al número, después de quedar la mayor parte de ellos sobre el campo de batalla. El mismo General en Jefe de los sublevados fue gravemente herido, durante la refriega, en el muslo y en el pecho. Llevado a una casa cercana al campamento, sucumbió en la tarde de aquel mismo día agobiado por la gravedad de sus heridas, y por la infame cobardía de Ruperto Hand, quien, abusando de su impotencia, le asestó dos terribles hachazos en su propio lecho de muerte.

Así bajó a la tumba el “héroe de Ayacucho”, a los 29 años de edad, “cubierto, como hemos tenido oportunidad de decirlo en otra ocasión, con los resplandores de la gloria y el velo de la inmortalidad.” De las simpáticas víctimas del Santuario, y muy especialmente de su joven jefe, pudo decirse lo que, hablando de las víctimas de la guerra del Peloponeso, dijo en su elocuente arenga Pericles: “La mayor parte de ellos quedó sobre el campo de la lucha: el año ha perdido su primavera.”

XVI

CORDOBA era un joven de presencia gallarda y de facciones finas y expresivas; tipo correcto de raza europea, con grandes y expresivos

ojos negros, nariz aguileña, boca pequeña, ancha y espaciosa frente. La cara ovalada y el perfil de la fisonomía de una notable corrección de líneas, según aparece en un buen retrato de él que tenemos a la vista, le dan, bajo su hermosa casaca militar, el aire de un general griego o romano; tipo que aparece también en muchos de los generales de la revolución francesa, con quienes tiene muchas analogías físicas y morales el ilustre soldado antioqueño.

Estudiado bajo el punto de vista de su entidad moral y de su temperamento guerrero, había en CORDOBA algo de Alcibiades y de Hoche: la impetuosa fogocidad del primero, y el valor, la actividad y la seducción militar del segundo, a quien se parece además en la manera rápida como hizo su carrera y en su triste fin. Hoche era General en Jefe de la ejército de la República Francesa a los 29 años, y, como CORDOBA, moría de un modo trágico a esa misma edad.

XVII

Como acabamos de verlo, la vida de CORDOBA excita la admiración más ardiente y provoca al mismo tiempo sinceras lágrimas de compasión. Es difícil que el espíritu se penetre de que el inspirado patriota que decidió con su intrepidez las batallas de Pichincha y Ayacucho, es el mismo que sucumbía en la flor de la juventud en el Santuario, víctima de una de esas numerosas disidencias políticas, que han assolado nuestras comarcas, atacado por las tropas de quienes, algunos pocos años antes, habían compartido con él en los campos de batalla las emociones más puras de la gloria.

Pocos hombres se prestan más que CORDOBA a las lecciones del patriotismo. Héroe, todo lo sacrificó por el amor a la Patria, y su ejemplo es digno de ser imitado. Víctima de errores y combinaciones políticas, por su gloria, por la simpatía que despierta su nombre, por la lástima que inspira su triste fin, es una de la más interesantes que registran nuestros anales revolucionarios. Pertenece al número de esas que deben excitarnos a crear definitivamente en nuestros países la más perfecta confraternidad política, a la sombra del trabajo, del progreso, de la libertad y de una aspiración común.

El ilustre Presidente de Chile, admirador entusiasta de las glorias americanas, a quien, en testimonio de respetuosa simpatía, ofrecemos estas páginas, ha dicho, ocupándose de la vida de un grande hombre de su propio país, que en la gloria y en la desgracia se parece mucho a CORDOBA, estas palabras nobles y generosas, con las cuales creemos nosotros oportuno terminar el recuerdo que acabamos de consagrar al héroe colombiano:

“¡... que nuestro orgullo no nos seduzca hasta despreciar estas lecciones y condenar a los hombres que figuraron en esos tiempos!”

“Los más de ellos fueron los mismos que nos dieron independencia, y se empeñaron en darnos el goce de una verdadera libertad. Perdonemos sus faltas, si las cometieron, porque, como nosotros ahora, no tuvieron en mira más que hacer grande y próspera la patria en que habían nacido.”(*)

Manuel J. Vega

Al Excelentísimo señor D. Domingo Santamaría.

(*) Domingo Santa-María- “Memoria histórica desde la caída de D. Bernardo O’Higgins en 1823 hasta la promulgación de la Constitución dictada en el mismo año.”

Notas sobre el autor:

El señor D. MANUEL J. VEGA era Secretario de la Legación de la República de Chile, que como Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno Colombiano era el Honorable señor José Antonio Soffía. El señor Vega era considerado entonces uno de los más notables y jóvenes literatos chilenos. Había nacido el 2 de noviembre de 1847 en Ancud (Chiloé), había colaborado en varios periódicos de Santiago, al igual que lo hizo en Europa en El Americano desde 1872, cuando allí vivió para completar sus estudios, en donde también fue corresponsal de dos diarios chilenos. Participó en forma considerable en la redacción del conocidísimo Diccionario Biográfico Americano del señor J. Domingo Cortés. Fue luego Gobernador del Parral en Chile tras lo cual fue designado como secretario de la Legación en Bogotá, cuando escribió el anterior artículo sobre el General José María Córdoba (conservamos la grafía de este apellido que usó el autor y que entonces no estaba en discusión, como lo fue en el siglo XX) publicado en el PAPEL PERIODICO ILUSTRADO, número 21 del año 1, el 10 de julio de 1882.

EL DIRECTOR